

## Noticuario

Pablo Vidor ha hecho una excelente traducción de «El libro del té», cuyo autor, el escritor japonés Kakuzo Okakura, nos descubre todo un mundo de emociones y sensaciones que se derivan del placer que proporciona esta bebida, a la que en los pueblos de Oriente a juzgar por lo que dice Okakura, se le ha dedicado un verdadero culto.

Según nos informa el autor, en tiempos lejanos el té era una medicina y sólo andando los años vino a ser una bebida. En el siglo VIII, en la China, el té entró en el reino de la poesía, como algo que pertenecía al buen tono. En el siglo XV, en el Japón se le elevó a una religión del esteticismo. El «teísmo» es un culto dedicado a la adoración de lo bello, entre la monotonía de las cosas. Su sentido está en la pureza y armonía, en el misterio de la misericordia recíproca y en el romanticismo del orden social.

En este libro se explica, como en los pueblos orientales se le ha atribuido a esta planta que es originaria de la China, las más raras virtudes. Los clásicos la denominaron con los nombres de T'u, Sheh, Cuan, Kia y Ming, y era apreciada porque entre otras cualidades, servía para suavizar la laxitud, fortalecer la voluntad y reponer la vista. Asimismo se le empleaba en las afecciones externas, en forma de pasta para curar los dolores reumáticos.

Pero en donde reside la mayor gloria del té, es en su influjo social y espiritual en Oriente. El poeta chino Luh Yu, escribió

una obra famosa, «Ch'a-king» que es considerada la biblia del té, pues en ella se encuentran consignadas todas sus leyes. Luh Yu, es considerado el dios del gremio por los comerciantes de té.

En el «Ch'a-king», libro que comprende tres tomos y diez capítulos, se habla de la naturaleza de la planta, de los utensilios necesarios para su recolección, y de su selección. Se describen las veinticuatro partes del servicio de té que comienza con el brasero de tres patas y termina con el armario de bambú donde se guardan los utensilios. En esta relación, explica Okakura, es interesante observar la influencia del té sobre la cerámica. El arte de las porcelanas chinas nace del experimento de imitar los tonos del nefrit.

Diversas opiniones existían acerca de cual era el color de la taza, que más se adaptaba al color de la bebida. Algunos creían que el azul, otros preferían el negro, el azulino o el pardo oscuro, y en la época de los Ming se usó la porcelana blanca y liviana. Después el poeta Luh Yu habla sobre cuál es la calidad mejor del agua para la preparación del té. Indudablemente es la de las fuentes de la montaña. Y en el primer grado del hervor del agua, se le echa una cucharadita de sal, en el segundo el té y en el tercero una cucharada de agua fría, «para que el agua se rejuvenezca». En seguida se echa el té en las tazas y ese néctar es el que inspira al poeta Lo Tung, de la época T'ang, cuando dice:

«Con la primera taza me mojo mis labios y mi garganta. La segunda me libra de la soledad, la tercera penetra en mis estériles intestinos. La cuarta reproduce una ligera transpiración, todas las injusticias de la vida pasarán por los poros. Al tomar la quinta taza la purificación será completa. La sexta me lleva a las regiones de la inmortalidad. La séptima taza—¡ay!—no puedo tomar más. No me agrada sino la brisa refrescante que levantan mis mangas. ¿Dónde está Horaisan? Viajemos con el agradable vientecito para desaparecer allí.

El arte, la poesía sensual y voluptuosa de la vida entran en el culto del té. Hay «Recintos del té», «Escuelas del Té». «Maes-

tros del té». «El libro del té», termina con una hermosa leyenda, en la cual Rikyu, el Maestro, pone fin a su vida, después de beber la última taza de la apreciada bebida, hiriéndose con una afilada daga. Había caído en desgracia de su soberano y era esa la manera más noble de marcharse de este mundo.

\* \* \*

Hace más o menos dos lustros, el joven poeta Rafael Di Doménico, demostrando un ímpetu lírico que sólo puede prodigarse a esos años—los veinte de la ilusión y el ensueño—escribió un poema épico titulado «Lautaro» cuyo tema es la vida del héroe indígena, y su escenario las selvas, los ríos y montañas del sur en donde desarrolla la parte principal de sus hazañas guerreras.

Circunstancias que pudieron ser desgraciadas para el autor, pero que lo fueron principalmente para este libro, impidieron que saliera a la circulación cuando ya estaba impreso. Y ahora, después de la gran soledad de las bodegas de una imprenta, el autor, que no había olvidado a su hijo espiritual y se halla dispuesto a protegerlo, lo lanza a la vida, es decir a la circulación.

El poema está escrito en quince cantos, o sea quince capítulos de poética narración y tiene un prólogo de Aurelio Díaz Meza, el conocido autor de las Crónicas de la Conquista. Está dedicado con palabras de efusiva admiración al poeta don Samuel A. Lillo.

Díaz Meza en su presentación, decía por aquel tiempo, de este poeta y de su libro, lo siguiente:

«Rafael Di Doménico, se inicia en la profesión de las letras con un poema del género épico. Su tema es la corta y agitada vida del héroe araucano Lautaro, y su trágica muerte víctima de la traición, en los momentos en que su genio estratégico se preparaba para caer sobre la ciudad de Santiago y exterminar a los enemigos de la patria. El tema es apasionante para un poeta de

veinte años henchido de patrióticos ideales y admirador de la escuela clásica de la cual se demuestra un fervoroso discípulo».

Es de desear que este libro escrito con tan bella y noble intención, después de su accidentado nacimiento, tenga un eco de simpatía en el público lector, ya que en él se canta la gloria del primer chileno que luchó por una patria libre y soberana.

\* \* \*

Carlos René Correa, ha escrito en una prosa sencilla y clara como agua de estero campesino, un pequeño breviario de emociones al cual también ha dado un título sencillo: «Significación de las cosas». Con una pureza que tiene mucho de confesión de niño, recuerda tamizándolas en poético sentimiento, aquellas cosas que tienen un oculto y hondo significado. Aquellas que se quedan como un perfume indeleble perdidas entre los vericuetos de la sensibilidad y que sin embargo tienen su fuente transparente en el alma y su raíz en el ensueño. Aparentemente no tienen valor ni trascendencia, pero viven en un rincón de dulzura y aparecen por milagro de evocación en aquellos momentos en que el recuerdo surge desde lo interno con su magia de luces evanescentes y su suave rumor de música que el tiempo fué incapaz de destruir. Y de pronto el corazón con un fuerte latido, y como el canto de un pájaro en una noche de luna, hace surgir de la borrosa penumbra de la infancia las imágenes lejanas, extraviadas entre el laberinto del presente.

Correa no se tortura para buscar su expresión poética. En sus momentos de silencio, oye su voz interior: oye su canto humedecido de ausencia. Y cuando logra aprehender y descifrar las voces del pretérito, las anota con su tinta de recuerdos, con su esencia original. Así viajando hacia el pasado logra extraer de los días maravillosos, un apunte rápido impregnado con el encanto y el aroma del instante que el arte sabe hacer revivir cuando se posee sensibilidad y buen gusto.

Correa logra sugerir en el lector todo un cuadro de evocación, aun cuando se empeña en presentar aisladamente el motivo en el cual busca la «significación de las cosas». Toca el nervio vital para que la emoción vista con su mismo ropaje las imágenes del tiempo que se fué. Veamos como nos pone frente a la Casa de los Abuelos: «Como una buena mujer, vestida con su roja pollera, la tinaja nos saluda en la puerta.: —Buenos días señora.—Y de su corazón le florecen los cardenales».

Como se ve el procedimiento es simple, pero el resultado es maravilloso, pues esas breves líneas bastan para crear un ambiente y pintar un escenario. Es una estampa que tiene color y expresiva ubicación. Así cuando dice: «Era un corredor largo, junto a la cocina. Allí estaba el maíz rubio que desgranaban las gallinas». —Vemos aquí, como por arte de magia, surgir la casona campesina, con su cocina que da al patio y por donde entran cautelosas las gallinas madrugadoras a robarse los granos de maíz, armando un estrépito de cacareos cuando las sorprende el perro regalón, o cae sobre ellas la escoba de la cocinera.

Y esta otra admirable por su contenido poético: «Queda en el agua un ligero brillo amarillento y en la sombra se ha perdido el toque de campanas de la iglesia parroquial».

Creemos no equivocarnos al asegurar que en este pequeño libro por su extensión, Carlos René Correa ha dejado lo más puro de su producción poética.

\* \* \*

Era su boca una  
doliente herida abierta...  
y era mi raro amor en sus rodillas  
un lago de turquesas.

Es plata de cristal la luna ambigua  
que vuelca en redondel su copa argentea...

En oculto dolor mi celo ardía  
en rendida emoción fluyen tus trenzas  
y entre los dos, como un alfanje de oro.  
un fuego helado, como yo, nos besa.

Hoja de sangre, tú. Ramal vencido  
que expira de placer tras cada vena...  
y en la penumbra de la alcoba rosa  
en un dúo de amor tu seno ostentas.

¿Quién eras tú? ... ¿Por qué extravío oculto  
asaltó la pasión tus madrigueras? ...

—Acaso pueda responder la noche,  
porque la noche, como tú, se entrega ...

Abismo sobre abismo. Nuestras copas  
colmaron su recíproca vergüenza ...

¡Los senderos juntados en un punto  
jamás se encontrarán sobre la tierra! ...

Es Antonio Massís el que canta, no sabemos decir si al borde o a lo largo de su «Litoral Celeste», título del volumen en que ha reunido sus poemas y que la Editorial Yunque acaba de lanzar a la publicidad. Pero en sus expresiones poéticas no encontramos huellas de celeste vaguedad. Por el contrario, su verso es fuerte como bruñido de reflejos metálicos. A ratos como densa sombra nacida de un piélago de viejos silencios. En su poema «Posesión y Sombras» que hemos querido dar íntegro a los lectores de «Atenea», a fin de que se formen una idea de la personalidad de este nuevo valor de la poesía de vanguardia, chilena, hay un signo de atrevida originalidad.

Massís, es hijo de árabes, nacido en Chile. Y en el contenido

emocional de su verso se advierte el influjo del ancestro. Pasión, misterio, fuerza dramática, profundidad y cierta filosofía que recuerda a los poetas y pensadores de su raza. Juzgue el lector: «No escribas más, me decían—te vas poniendo pálido. Yo me reía. Nunca—me lo dijo ella. Es raro.—En mi casa tengo espejo.—Es cierto.—Me voy poniendo pálido,—pero yo me reía.—Nunca—me lo dijo ella.—Es raro.—».

\* \* \*

Como el lector ha podido imponerse, el «Noticiario» de este mes lo hemos dedicado a dar cuenta de la producción poética chilena que últimamente ha sido bastante fecunda. Nos resta al terminar dar cuenta de la aparición de «Latitud» un volumen de versos publicado por Nascimento y del cual es autor, el poeta Luis Merino Reyes, que antes ya diera a la publicidad sus «Islas de Música» y su «Lenguaje del hombre». En este nuevo volumen abarca distintos aspectos del género. Y así lo encontramos con ligera entonación épica, en su poema «Hombres del mundo»; de acentuado lirismo en «Éxtasis» y con cierta dramática angustia en «Narciso», soneto en el cual sin abandonar del todo las fórmulas clásicas, expresa su pensamiento con una elegancia, que tiene sus puntos de contacto muy próximos, con la manera en que la sensibilidad moderna realiza su emoción artística.

Yo te sueño abultada por la sabia semilla  
como una enredadera enemiga y fragante,  
que abriera la ternura de su alta maravilla  
en la brisa infinita de mis brazos de amante.

Hay en este poeta cierta fluidez que no acostumbra la poesía modernista. Claro que no es en la forma donde está la novedad de estos versos, sino en cierta intencionada confusión, que evade la claridad de la idea, buscando efectos de musicalidad.